

María Zambrano. *Escritos sobre Ortega*. Edición, introducción y notas de Ricardo Tejada, Editorial Trotta, Madrid, 2011, 300 pp.

Ricardo Tejada Mínguez es profesor de Filosofía en la universidad du Main (Le Mans, Francia), donde dirige también unos encuentros internacionales sobre pensamiento filosófico contemporáneo bajo el título de GRILUM. Doctorado en la Autónoma de Madrid, ha publicado *De una sensibilidad por venir. Ensayos de estética contemporánea* (Madrid, 2008). En los últimos años se ha ocupado de la obra de María Zambrano y ha tratado de averiguar el alcance de la relación entre la escritora malagueña y su maestro José Ortega y Gasset. Resultado de esta actividad es su nuevo libro *María Zambrano. Escritos sobre Ortega*.

En varias ocasiones nos hemos ocupado ampliamente de esta relación desde una perspectiva fundamentalmente filológica y biográfica (María Zambrano: *Raíces de la cultura española*. Madrid, 2004, pp. 187-308, y *Estudios sobre María Zambrano: el magisterio de Ortega y las raíces grecolatinas de su filosofía*. La Laguna-Tenerife, 2005, pp. 33-126, en el que ampliamos el primero), estudios que hemos completado con los más recientes: «El magisterio de Ortega en los epistolarios de María Zambrano» (en Isabel Fresco, Fernando Velasco y Javier Zamora, eds.: *La audacia de la Libertad. Homenaje a Agustín Andreu*. Valencia, 2009, pp. 341-370, en el que me ocupó de *Cartas de La Pièce*), y «Ortega en los epistolarios de María Zambrano» (en *María Zambrano. Razón poética: nuevos senderos de convivencia*. Madrid, 2011, pp. 97-149, en el que me ocupó de otros epistolarios). A ellos habrá que añadir, como hemos anunciado en estos últimos, nuevos complementos que analicen los textos epistolares o ensayísticos publicados con posterioridad.

El libro se abre con una amplia «Introducción» en la que analiza esa relación que cabe calificar más de discipulado «*sui generis*» que de «magisterio», porque éste se rompió en 1934, cuando ella le entregó su conocido ensayo «Hacia un saber sobre el alma», a fin de que su maestro lo publicara en *Revista de Occidente*, lo que Ortega

haría a pesar de su disgusto inicial. Zambrano seguiría asistiendo a sus cursos y seminarios hasta junio de 1936 y leyendo sus nuevas publicaciones, pero orientaría su reflexión desde la razón vital que Ortega propusiera en sus inicios y no desde la razón histórica que desarrollaría a partir de los años treinta. Esta relación ha sido dividida en cuatro apartados. El primero recoge algunos detalles en los que formalmente la relación se manifestaba en el seguimiento discipular de Zambrano en las clases, cursos, conferencias y escritos de Ortega, intercalado con sucesivos olvidos, rupturas y silencios: las tres cartas de los comienzos de los años treinta, los comienzos de su tesis doctoral, las tareas iniciales como profesora, sus artículos y reseñas en *Revista de Occidente*, sus diferentes (que no «puestas») reacciones ante los conflictos de la República que desembocarían en la Guerra Civil y en el exilio, la falta de noticias sobre el maestro o la acertada información de cómo Zambrano remitió a Ortega en 1939 ejemplares de sus dos libros publicados en Méjico (*Filosofía y Poesía y Pensamiento y poesía en la vida española*) con dedicatorias, hoy conservados en la Fundación José Ortega y Gasset de Madrid. Se pregunta el editor (pp. 47-48) si, al enviarle los libros dedicados, incluiría también alguna carta dirigida al maestro o un breve escrito como suele ser habitual. La pregunta queda sin respuesta. Sin embargo, hay esperanza de que pueda aparecer una carta dirigida a Ortega en 1939, cuando ella llegó a París, según información remitida a Agustín Andreu (n. 16, 09-10-1974, *Cartas de La Pièce...*, Valencia, 2002, pp.86-87), en la que decía: «Lo escribí al mismo tiempo más o menos [...] que [Ortega] dejó de contestar una carta que la acelga [ella se denominaba así en algunas cartas] al llegar a París le escribió y que le decía [...]». En cualquier caso, está claro que el maestro no respondió a ese doble obsequio de su discípula: «todo lo tengo, menos una palabra suya, una sola», escribirá Zambrano a Rosa Chacel en una de sus cartas, en la que añadirá: «Y su muerte me ha hecho ver que le amaba aún más de lo que creía, que le amaré siempre [...] También he sabido que él me conocía, y ahora sé que me conoce y le duelo» (*Cartas a Rosa Chacel*. Edición de Ana Rodríguez-Fischer, Madrid, 1992, p. 53; véase también mi estudio de 2011, pp. 130-135).

En un segundo apartado Tejada compara las metafísicas de Ortega y de Zambrano y apunta la gran distancia que se establecerá entre uno y otra a partir del momento en el que ella tome el rumbo de su propia razón, razón poética, sin seguir al maestro por los nuevos senderos que las razones histórica y viviente marcaban.

Un tercer apartado comenta las partes que en uno y otro filósofos permanecieron comunes, como el vínculo con el novelista asturiano José Díaz Fernández, cuya amistad era debida a causas diferentes, o las actividades profesionales y universitarias, sus respectivos proyectos políticos fallidos hasta llegar a la fatídica fecha de julio del 36, o la sucesiva proliferación de escritos zambranos en apoyo de la República y condena de los indecisos. El distanciamiento de Zambrano se irá haciendo más patente cada día, aunque nunca llegará a ser definitivo, ni siquiera en sus momentos de mayor angustia y rebeldía. Alude Tejada a la célebre carta de Zambrano a Chacón y Calvo de marzo de 1940 que he tenido ocasión de comentar por las consecuencias contradictorias en Zambrano, y, sobre todo, carta fundamental para poder entender ese otro escrito, impresionante por su transparencia y reconocimiento, que Zambrano tituló «Una voz que sale del silencio. Confesiones de una desterrada» (publicado en *Nuestra España* 8, 1940, La Habana, pp. 35-44; véase también mi estudio de 2011, pp. 112-122). Aclaremos que la «voz» está referida a Ortega y que las «confesiones» corresponden a María Zambrano.

En el cuarto apartado Tejada explica los pasos seguidos para la edición de los textos seleccionados. En esta ocasión el editor ha preferido ordenar los textos empezando su relación por aquellos escritos en forma de artículos que habían sido ya publicados con anterioridad, los cuales suman un total de dieciocho. Es destacable el hecho de identificar la proximidad de contenido existente entre el texto denominado «La razón que se busca», que fuera editado por primera vez en *Revista de Occidente*, 2004, por Mercedes Gómez Blesa, y el publicado treinta y tres años antes en italiano: «Ortega y Gasset e la ragione vitale» (*Settanta* 18, nov. 1971, pp. 37-50), hasta el punto de que Ricardo Tejada ha preferido presentarlo como si fuera un único texto, tomando como base el publicado en 1971 y añadiendo lo que aparecía

como «nuevo» en el publicado en 2004. En segundo lugar, siguen tres grupos de cartas: a) las tres conocidas cartas de Zambrano a Ortega de 1930 a 1932, para las que sigue la edición de Laureano Robles Carcedo (*Philosophica Malacitana* IV, 1991, pp. 231-248, y que habían sido objeto de su ponencia en el Primer Congreso Internacional de Zambrano de Vélez-Málaga); no menciona, sin embargo, la edición que M.M. (entendemos que las siglas aluden a Magdalena Mora) presentó en *Revista de Occidente* n. 120, mayo de 1991, pp. 7-26; en esta edición, más cuidada a nuestro entender, hay correcciones de puntuación que hacen más comprensible el texto de las cartas; b) la citada carta a José María Chacón y Calvo de 4 de marzo de 1940, publicada en *La Gaceta de Cuba* (La Habana, mayo-junio 1993, p. 30), y c) la dirigida a Alfonso Reyes como «carta abierta» sobre Goethe, publicada en *El Nacional* (Caracas, suplem. *El Papel Literario*, 23-09-1954), recogida también en la edición de Alberto Enríquez Perea (*Días de exilio. Correspondencia entre María Zambrano y Alfonso Reyes 1939-1959*. Méjico 2006, Taurus, pp. 222-227). En tercer lugar el editor ha reunido bajo el título de «Manuscritos» un grupo de cuatro textos, al parecer, no publicados hasta la fecha. El primero es una reflexión sobre el concepto de filosofía; el segundo se inserta dentro de los problemas suscitados con motivo del enfrentamiento civil y se titula «Los que han callado»; es de gran importancia el hecho de que este texto no haya sido hasta ahora publicado, pues significa en parte una rectificación de otros escritos anteriores, en los que la filósofo malagueña se mostró más intransigente; el tercer texto es una «conferencia» impartida en San Juan de Puerto Rico sobre Ortega, aunque a juzgar por su contenido, dividido en clases, parece más apuntes de un cursillo de seis sesiones; el cuarto es el contenido de unos cursos dados en La Habana. Sigue una nueva edición de las notas que completaban el texto titulado «La razón que se busca...» (Gómez Blesa 2004, pp. 120-122). Y finaliza el libro con una serie de variantes que permiten alternar la lectura propuesta en las ediciones que preceden.

Dado que he tratado de destacar en mis estudios antes citados las líneas del discípulo de Zambrano respecto a Ortega a través de sus escritos con distinción de géneros literarios y su carac-

ter público o privado, debo decir que el apartado epistolar guarda todavía numerosos matices que es necesario abordar para completar el panorama de esta relación. Varias veces María Zambrano expresó su superación de Ortega, estimación que inmediatamente rectificaba para dejarla en términos más ajustados. Es en las cartas dirigidas a decenas de escritores, artistas y personalidades de distinto nivel donde podemos observar esas oscilaciones zambranianas de Ortega. Su postura nunca fue de ruptura definitiva con el maestro, ni siquiera en aquel mes de marzo de 1940.

El análisis general que Ricardo Tejada ha realizado en la «Introducción» de este libro marca claramente la trayectoria seguida en la evolución de esa relación discipular de Zambrano. Javier Zamora, en su biografía de Ortega, concluía que el maestro, al final de su vida, volvió a las reflexiones de sus primeras travesías con metáforas y con mitos, recorriendo senderos que su discípula no había abandonado desde que su pensamiento decidió ocuparse del alma y de las entrañas del hombre.

Tal como dice Ricardo Tejada, Zambrano nunca pensó en publicar un libro en el que recogiera todos sus escritos sobre Ortega y Gasset, aunque sí pensó, como ha quedado recogido en una carta, que, para superar la filosofía del maestro al modo clásico, debía hacerlo constar y demostrarlo en un libro específico; pero esto

no lo llegó a realizar expresamente, porque esa forma de operar —decía Zambrano— era propia de una mente germánica, que ella no tenía (véase *Cartas de la Pièce*, ed.c., p. 93). Pues bien, el estudio de Ricardo Tejada tiene el gran mérito de ofrecer reunidos los escritos sobre Ortega, sobre todo los que lo aluden expresamente; es meritorio también el rastreo que hace en sus primeras páginas por ese seguimiento discipular de Zambrano hasta encontrar su propio camino. Otros textos pueden acompañar a los recogidos en este libro, porque las alusiones a Ortega son muy frecuentes en sus escritos, pero las ideas fundamentales están aquí reunidas.

Se ha hablado de otros maestros de Zambrano, como son los casos de Zubiri, Unamuno, Antonio Machado, etc.; naturalmente, Zambrano ha aprendido también de todos ellos; pero quienes lean detenidamente este libro, llegarán a la conclusión de que las ideas motrices del pensamiento zambraniano se encuentran en la filosofía orteguiana desarrollada hasta 1935. Ahora será posible comprender mejor esta relación de Zambrano con Ortega: necesitábamos que esos escritos pudieran ser leídos de una forma sucesiva, ordenada y anotada, y esta necesidad ha quedado satisfecha plenamente con el libro de Ricardo Tejada.

Luis Miguel PINO CAMPOS
Universidad de La Laguna.

